

De tiempos del Rey Chispero

LA QUEJA DE UN PLEBEYO

Nunca se había visto, en Madrid, animación semejante a la del baile de máscaras del Domingo de Carnaval de aquel año, hacia fines del reinado de Fernando VII. El baile se celebraba en el «Café de Solís», en la calle de Alcalá, en el mismo sitio donde, andando el tiempo, había de edificarse el Teatro de «Apolo».

La brillantez de la sala, lo nutrido de la orquesta, la profusión de las luces y, sobre todo, lo selecto de la concurrencia en la que se encontraban los más esclarecidos individuos de entrambas aristocracias, hacía que la Junta organizadora del holgorio carnavalesco se ufanasen, con razón, por el éxito alcanzado, al proporcionar tan divertido esparcimiento a la gente encopetada.

Se había procurado que no hubiese intromisiones indiscretas de gentes cuyo rango o condición social fuese inferior al que predominaba en la fiesta. Abundaban en ésta los títulos de Castilla y se dignó asistir a ella el infante don Francisco de Paula acompañado de su consorte doña Luisa Carlota, hembra maciza de andar arrogante y gestos hombrunos que contrastaban con la inexpresión característica de don Francisco.

Las damas, en su mayoría, iban disfrazadas con trajes caprichosos y los galanes, sin disfraz, de rigurosa etiqueta. Buena ganancia había hecho con el Carnaval el famoso Ostet, el ingenioso y afortunado sastre de moda.

Cuando la animación era mayor, terminada una gavota, algunos grupos que bromeaban en un ángulo de la sala, experimentaron súbitamente una sensación extraña, una indignación que

brotaba de todos los corazones, como si misteriosa corriente de protesta se apoderase al mismo tiempo de los organismos y espíritus de cuantos allí se divertían. Era que se hallaban en presencia de algo insólito, inesperado, irritante; era que habían visto penetrar en el salón y avanzar, tranquilo, por entre las máscaras, a alguien que, no obstante la corrección con que vestía y la elegancia de sus modales, disonaba, por su condición inferior, de lo escogido del concurso.

—¿Quién es ese?—gritaba uno.

—¿Quién ha invitado a ese sujeto?—preguntó otro.

—Es Valerico—gritó una máscara.

—¡Esto es inaguantable!—arguyó un marqués gordo, dando resoplidos.

Sí, era Varelito, Pepe Valero, como entonces le llamaban, don José Valero, como después fué conocido, cuya existencia gloriosa de actor eminente llenó casi todo el siglo XIX, electrizando a las muchedumbres; el trágico incomparable nacido en Sevilla a principios de la pasada centuria que hasta su vejez supo arrancar aplausos y vítores en la escena. Cuentan que estaba admirable en ciertas obras, citándose, especialmente, el «Baltasar», de la Avellaneda, y vivos están aún, muchos que presenciaron, con asombro, su interpretación de «La Carcajada».

Lo que más indignaba a los concurrentes al baile, era el aplomo, algún tanto petulante, de aquel jovencuelo, que contaría a la sazón poco más de veinte años, habiéndose hecho ya celebrar lo mismo de los críticos que del vulgo.

—¡Hay que expulsarlo inmediatamente!—exclamó un pollastre encanijado—. Aquí no queremos cómicos.

—Recuerden ustedes—insinuó, con prudencia, un militar viejo, veterano de la guerra del Rosellón—que Isidoro Maiquez siempre asistió a nuestras fiestas y reuniones.

—Si con Maiquez hubo esa tolerancia, ahora no queremos tenerla—contestó, airado, un lechuguino.

—Vamos a acosarlo para darle a entender que debe irse, y si no se da por enterado, decírselo con claridad y plantarlo en la calle—gritaron algunos.

Y en efecto, como lo pensaron lo hicieron en menos tiempo que se tardó en referirlo, pues la escena fué rapidísima. Se acercaron al joven actor; lo bromearon con risas, le lanzaron mortificantes puyas y, llamándole entrometido, lo empujaron materialmente hasta el vestíbulo, indicándole que por la puerta se salía.

Valero, rojo de rabia y de vergüenza, recogió su capa, se encasquetó el sombrero de copa y salió a la calle.

Corriendo como un loco, va hacia la Puerta del Sol, que atraviesa, siguiendo luego por la calle Mayor. Se dirige a Palacio a quejarse al mismo Rey del agravio que se le ha hecho.

No repara en lo intempestivo de la hora, en que no es ocasión de audiencias, en que carece de rango para presentarse ante Su Majestad. Sabe, únicamente, que el Rey atiende a todo el mundo, y confiado, llega a la Plaza de Oriente y trata en Palacio, de ser recibido por el Monarca; pero allí se entera de que Fernando VII está en el Teatro del Príncipe, y sin vacilar, jadeante, se encamina al Teatro y llega hasta el palco regio, haciéndose anunciar al Rey.

Fernando lo hace pasar a su presencia, le da a besar la mano y le invita a que exponga lo que desee.

Entonces, el actor relató, con soltura y gracia, lo acaecido en el baile, del que he sido arrojado - dijo Valero— como se arroja a un criminal o a un hombre sin vergüenza.

Yo no he de tolerar—contestó el Rey enérgicamente— que eso quede así. Obtendrás la reparación que mereces.

Hizo llamar el Monarca al Jefe de Policía Barrafón, informándole, una vez que hubo entrado en el palco, de la queja del joven, diciéndole que arreglase el asunto con prontitud para que se diese a Valero una satisfacción por el ultraje.

Despidiéronse del Rey el actor y Barrafón, significando el querellante su cordial agradecimiento.

El Jefe de Policía pasó lo que de noche restaba en devanarse los sesos, excogitando el modo de la reparación exigida por el Rey, y muy de mañana, dirigió una comunicación al Secretario de la Junta organizadora del baile, llamándolo con urgencia a su despacho.

Presentóse a poco el secretario, y Barrafón le expuso que el Soberano ordenaba se llamase, con invitación especialmente cortés y afectuosa, al actor Pepe Valero, al baile de aquella misma noche, como desagravio a la ofensa de la noche anterior.

Cuando se comunicó a los demás individuos de la Junta lo exigido por el Jefe de Policía, pusieron todos el grito en el cielo, protestando que no harían tal cosa, pero al darse cuenta de que Fernando lo mandaba, bajaron la cabeza y tascando el freno, remitieron una expresiva invitación a Valero, el cual, aquella misma noche, cuando el baile estaba en su apogeo, entró en la sala del «Café de Solís» con teatral empaque, vestido elegantemente, y dando dos o tres paseos por la estancia, salió a la calle con su

vanidad de histrión, que según dicen es la más puntillosa de todas las vanidades, completamente satisfecha.

En la época histórica que después hemos alcanzado, tiempos felices de Constituciones diputadas por la última palabra de la perfección política, nos causa cierto asombro que, individuos humildes de sociedades desconocedoras de las excelencias del moderno derecho público, se acerquen nada menos que al Alcázar de la tiranía para pedir reparación de un agravio a la vanidad, inferido por los grandes. Y lo extraño no es tal hecho, sino que, otros análogos se realizaban con frecuencia, hasta el punto de llegar cierto día ante el Rey un aguador solicitando licencia para instalar su aguaducho en el sitio de donde Barrafón lo había retirado y obtener de Fernando VII el permiso de colocarse donde deseaba, poniendo allí un letrero que decía: «Aguador de Real orden». Otros casos de igual índole podrían citarse.

Algún historiador, intentando zaherir a Fernando VII, afirma que nunca había penetrado en Palacio tanta gente astrosa. Es decir, que los bajos, los humildes, acudían siempre, confiados, a la guarida del déspota, siendo de advertir que, durante los tres años de régimen liberal, instaurado para defender los derechos del pueblo, el pueblo dejó de dirigirse al Rey, que nada significaba en aquel período turbulento, sin acudir tampoco a los oligarcas que suplantaron la autoridad del Soberano por darse cuenta, instintivamente, de que no habían de hacer ningún caso de sus querellas.

¿Cómo es posible, por otra parte, que si este Rey hubiese sido un monstruo de perversidad, como nos lo pintan muchos escritores, fuese tan adorado de su pueblo? Porque es un hecho indudable que todas las clases sociales lo idolatraban, lo mismo el clero que la nobleza, de igual manera el ejército con las figuras prestigiosas de Castaños, el Marqués de las Amarillas, Imas, Elío, Córdova, que el pueblo bajo con las manolas de Lavapiés y los chisperos de Maravillas.

El Marqués de Villaurrutia, Diplomático jubilado y Académico vidrioso, reconoce, paladinamente, que jamás hubo un Rey tan querido de los españoles como Fernando VII, y la razón que su «patriotismo» encuentra para explicarlo es la de encarnar ese Príncipe todos los vicios y degradaciones del pueblo español. Parece increíble que así se hable de la propia raza, refiriéndose, para mayor injusticia, a la generación que aientó los grandes ideales y heroismos de la Guerra de la Independencia.

MANUEL DÍAZ CARO.